

# Activismo o inercia: Destinos de las minorías en relación con su comportamiento

Jean-François Lecaillon\*

Desde fines de los años sesenta se presencia en toda América un movimiento de reivindicación al que los observadores designan con el nombre genérico de "Despertar Indígena". Las manifestaciones que expresan este renacimiento de una etnia oprimida por la Historia asombran al profano. Ahora bien, lo que más sorprende al profano es el hecho de que los indios puedan continuar existiendo. ¿Cómo han logrado no desaparecer totalmente al cabo de cuatro siglos de opresión, de marginación o de exterminio? Bien pueden tranquilizarse los fanáticos de la asimilación: no todos los indios han sobrevivido; es larga la lista de los pueblos desaparecidos para siempre. Con todo, hay sobrevivientes y cabe preguntar: ¿qué método utilizaron quienes salieron ilesos de tantos desastres? O dicho en otra forma: ¿qué actitud les permite seguir siendo diferentes (ya que no iguales a como eran antes)?

Tal interrogante nos lleva a asomarnos al pasado para analizar el comportamiento de las comunidades frente al proceder de los conquistadores y de sus herederos. Partiendo de ahí resultaba tentador buscar qué relaciones podrían existir entre las diferentes formas de conducta y el estado actual de esos pueblos. ¿Acaso tales relaciones son tan sistemáticas como para permitir la formulación de una ley? Esta es la cuestión de fondo. Desgraciadamente era difícil llevar a cabo la empresa, pues ante los blancos y los mestizos las comunidades han adoptado diversas actitudes que han variado a través del tiempo y del lugar. Añádase que los blancos no han reaccionado siempre de la misma manera ante actitudes semejantes entre sí y que, por otra parte, han dado respuestas estereotipadas a formas de proceder que no lo eran. En estas condiciones, pronto resultó ilusoria la búsqueda de una relación del comportamiento con la sobrevivencia en una comunidad.

Sin embargo, el análisis permitió poner de manifiesto dos formas de comportarse (que podríamos calificar de dominantes) susceptibles de caracterizar y de clasificar claramente a los pueblos estudiados. Por una parte, tenemos las comunidades llamadas pasivas, resignadas e indiferentes, que se entregan fatalmente a la irremediable destrucción, a través de la marginación de su personalidad. Por la otra, vemos pueblos activos, apasionados e insurrectos, tan orgullosos de su identidad y de su independencia que se movilizan para resistir con todas sus fuerzas al encarnizamiento etnocida de los conquistadores. Cuando al cabo de cuatro siglos de opresión se hace un balance, se siente uno obligado a recalcar que los indios que han sobrevivido hasta el día de hoy a menudo provienen de comunidades a quienes en el pasado se consideró pasivas; y que, por el contrario, los pueblos que lucharon por sobrevivir fueron aniquilados (y muchos de ellos desaparecieron totalmente). ¿Paradójico? Sin duda, pero la contradicción desaparece si se reconoce que la pasividad es una de tantas formas de ofrecer resistencia, cuando la violencia acarrea la represión y el aniquilamiento de quienes no tienen la fuerza a su favor. ¿Se deduce de lo anterior que el medio más adecuado para que una minoría étnica se perpetúe consiste en encerrarse en el espléndido aislamiento de la resistencia pasiva? Esto equivaldría a obrar con precipitación. El análisis profundo del comportamiento de los indígenas permite descubrir una situación más compleja, en la cual pueden distinguirse ya no sólo dos actitudes típicas sino por lo menos cuatro:

1. *La pasividad del renunciamento*, actitud de quienes, para sobrevivir, escogen la asimilación y renuncian a las características que los diferencian y a las que ellos mismos consideran arcaicas.

\* Historiador, ex colaborador del CEMCA.

2. *La pasividad activa*, postura que anima a las comunidades preocupadas por conservar su identidad y por no dar jamás lugar a críticas. Estas comunidades —denominadas indiferentes— aparentan someterse pero, en secreto, perpetúan sus tradiciones de forma más o menos obstinada.
3. *El activismo integrista*, que moviliza a quienes desean reafirmar sus diferencias (incluso imponerlas a veces como modelo) y rehúsan cualquier tipo de concesión a la cultura dominante.
4. *El activismo progresista*, adoptado por los indígenas que rechazan toda asimilación etnocida, pero que, sin embargo, buscan un término medio que permita a su indianidad integrarse a la cultura dominante. Es una actitud un tanto legalista, poco espectacular y rara vez violenta, por lo cual a menudo pasa inadvertida.

Desde siempre, en toda América, las comunidades indígenas han adoptado ante los occidentales y sus descendientes alguna de estas actitudes, pero resulta difícil decidir cuál ha sido la más eficaz, no sólo porque al parecer no existe ninguna ley sistemática al respecto (ya que, tanto *activistas* como *pasivos* han desaparecido, mientras otros grupos han logrado sobrevivir), sino, sobre todo, porque las comunidades no han escogido siempre la misma táctica. Variando con la época o las circunstancias, las formas de proceder han evolucionado y las generaciones de un mismo pueblo se han sucedido o bien han coexistido sin decidirse por la misma opción. Teniendo en cuenta lo anterior, bien puede el observador analizar cada actitud típica y sus efectos a fin de definirla mejor, a continuación interpretarla y luego intentar captar su significado más profundo con la esperanza —¿por qué no?— de evaluar la que proporcione más probabilidades de salvar lo esencial. Intentemos llevar a cabo este análisis procediendo caso por caso.

### Primer caso: La pasividad del renunciamiento

Todos los pueblos indígenas han producido individuos que decidieron dejarse llevar por la pendiente de la asimilación completa y renunciar a su cultura original. Son personas que, por pereza o por convicción, permitieron que los convenciera la idea de la superioridad innata de la cultura dominante, con lo cual renegaron de la suya (a veces sin tardanza). Para ellos lo indígena es arcaico y no vale la pena empeñarse en conservarlo. Por el contrario, conviene rechazarlo. Así, hacen a un lado lo que los diferencia, y se esfuerzan por asimilarse

a los blancos imitando su forma de vivir. Estos indios se aculturaron a tal grado que al cabo de dos generaciones dejan de ser indios. Desde el punto de vista de su indianidad, con razón o sin ella (no es éste el tema que estamos considerando), se les considera traidores. Si étnicamente continúan siendo indios, materialmente ya nada los distingue ni de los blancos ni de los mestizos. En lo concerniente a su estructura mental, es difícil apreciar su carácter (indígena o no), pero no cabe duda que tiende a occidentalizarse, sobre todo a largo plazo, cuando a los niños los educan occidentales al estilo occidental.

Andando el tiempo, la pasividad del renunciamiento, si no mata al indio, sí mata lo indígena. Por lo tanto, queda aclarado que no es esta actitud lo que ha permitido al indio sobrevivir como tal pues, en fin de cuentas, dejó de existir (dado que lo que hoy constituye al indio no es tanto la sangre que corre por sus venas como su cultura).

Un comportamiento así quizás provenga del sincero convencimiento de que la civilización occidental es superior, más agradable o sencillamente mejor. También es posible que esta actitud provenga de la tendencia imperiosa a imitar, unida a la firme confianza en la eficacia de esta imitación (actitud que R. Caillois puso de manifiesto en *Le mythe et l'homme, Essais/Gallimard, 1938: 107*). Para sobrevivir y escapar de los depredadores, un animal se oculta asemejándose al medio que lo rodea. El hombre hace lo mismo. Ahora bien, el mimetismo, —este encantamiento que se enclava en su punto culminante y hace caer al hechicero en su propia trampa (Caillois 1938: 108)— equivale a un afán por asimilarse al medio como recurso para sobrevivir, y conduce a quien lo emplea a una despersonalización total y, en resumen a lo contrario de lo que se buscaba, o sea a un grado tal de anonimato, de total negación de la identidad, de verdadera inexistencia, que llega a conducir a la muerte.

Tal opción mimética, cuya razón de ser consiste en proteger al individuo, es la expresión misma de su instinto innato de conservación. Cualquier ser humano es susceptible de convertirse en víctima de este instinto. Dicha opción es, asimismo, producto de una especie de instinto de abandono (Caillois 1938: 121): a fin de preservar su vida, el individuo abandona su identidad. Esto, por desgracia, no garantiza su salvación. Separados de sus raíces, la planta languidece y el individuo muere. Su sobrevivencia física es comparable a la de un zombi. Todos los indígenas que se decidieron por esta opción, o se han muerto de tristeza, o se han convertido en espectros que en los *ghettos* o reservas carecen de identidad.

## Segundo caso: La pasividad activa

No debe hacerse a un lado esta actitud, pues si bien es la menos espectacular es también la más generalizada. Es la que adoptaron la mayor parte de las comunidades de América Latina en la época virreinal. Es la de las mayorías silenciosas indígenas que los blancos siempre han hecho a un lado porque no hacen ruido. Nos referimos a los naturales cuya indiferencia, resignación y fatalismo han subrayado con ejemplar constancia viajeros, militares y otros historiógrafos. Rigoberta Menchú ha puesto de manifiesto en sus relatos el comportamiento multiseccular de pueblos a quienes se considera idiotas cuando, en realidad, lo único que hacen es ocultar su identidad. ("Me llamo Rigoberta Menchú", Barcelona, 1983). "Aceptar la religión católica no equivalía a abandonar nuestra cultura; era más bien un recurso", afirma esta mujer que se ha vuelto militante. Rigoberta Menchú recuerda lo que decían sus padres: "Pasarán generaciones y generaciones, pero nosotros siempre seremos indios". Estas palabras, no obstante la primera impresión que puedan causar, no encierran ninguna queja.

Si hablamos aquí de pasividad activa es para subrayar que más allá de la imitación y de la aculturación material (hispanización y cristianización) subsiste una fuerza que, a pesar de su inercia, conserva la integridad de las estructuras mentales o formales (según el término definido por R. Bastide en *Le prochain et le lointain*.) Una actitud así, precisamente por la duplicidad que implica, es muy eficaz. La mayor parte de las comunidades indígenas que hoy sobreviven provienen de pueblos que se decidieron por esta opción. Sin embargo, como en el primer caso, la astucia puede ser contraproducente: la zorra cae en su propia trampa. Ante todo, esto sucede porque las concesiones hechas en la aculturación material forzosamente acarrear cambios en las costumbres y, en contraposición con lo que se deseaba, a menudo de manera imperceptible, el carácter indígena evoluciona. Sin duda, esto en sí mismo no es malo, excepto cuando los indios carecen de una conciencia clara de las mutaciones que afectan su identidad y en la medida en que no podrán aprovecharlas como ellos desearían. En segundo lugar (opinamos que esto es más grave), la pasividad activa tiende a cierta ritualización del pasado, a un apego a la inmovilidad tranquila. Todo tiende a "impedir que el porvenir se diferencie del pasado" (Caillois: 127). Poco a poco el pasado se convierte en mito y la identidad —cuando sobrevive— no pasa de ser una momia.

También en este caso entra en juego el instinto de conservación, pero obra al contrario de lo que ocurre

en el caso anterior y en un registro diferente, encerrando al individuo o a la comunidad en una diferencia anónima, secreta, inmóvil, estéril y, por lo tanto, mortal. Se conserva lo indígena, pero esta salvaguarda de la identidad original se logra a expensas de la vitalidad del grupo debido a una fijación, a un enquistamiento más o menos obsesivo en una tradición inmóvil. Lo que sobrevive de lo indígena se encuentra en estado agónico y, por consiguiente, en vías de desaparecer. Cuando, aparentemente, se salva aquello que se deseaba salvar, tarde o temprano estará condenado a muerte. Dicho en otra forma, todos los esfuerzos se realizaron en vano.

## Tercer caso: El activismo integrista

Frente a los trastornos derivados de la confrontación —y de la incompatibilidad— de su cultura con la de los blancos; maltrechos por actitudes que se consideran sacrílegas o acosados por situaciones que amenazan su existencia; deseosos de preservar su tipo de vida y su soberanía, numerosos pueblos indígenas han intentado salvar la integridad de sus derechos oponiéndose activa y apasionadamente a sus agresores. Escogieron el enfrentamiento brutal y la guerra. Esta actitud es bien conocida en Occidente. La historiografía del *Far West* se encargó de inmortalizarla, y a menudo se complació en la caricatura y en la denuncia de la violencia indígena para justificar la represión de esa misma violencia.

Tal actitud se explica sin dificultad: la violencia se opone a otro tipo de violencia, la cual no por ser más solapada es menos destructiva. Este activismo violento —a menudo incondicional— es, sin embargo, suicida, en la medida en que la inferioridad técnica y militar condena a los insurrectos a una muerte segura. Quienes practican un activismo de este tipo se ven conducidos a una aberración: preocupados por salvaguardar su tradición, adoptan precisamente la conducta que sin duda los destruirá. Derrotado en el campo del honor, el indio continua siendo indio, pero indio muerto.

¿Cómo puede dejarse arrastrar en esa pendiente fatal? R. Caillois comenta que las sociedades confían su suerte a la inercia o a la pasión (Caillois: 138). Ya vimos arriba en qué consistía esa inercia. Con el activismo nos encontramos en presencia de la pasión que Caillois define como un "vértigo que exalta la vida con una tensión encaminada al paroxismo, la coloca entre una génesis y una ruptura, y le impone un ritmo de aceleración que convierte su incorporación en el tiempo en una verdadera caída" (Caillois: 138). ¿Vértigo y caída? Palabras clave que conducen al individuo o al grupo a

la pasión suicida: rehusando perder su identidad, ya que esto equivale a una muerte (primer caso), pero conscientes de lo estéril de una duplicidad pasiva (segundo caso), los apasionados serían aquellos de quienes se apodera una especie de locura porque ya no hay otra solución. Ya no es viable la identidad que prefieren, pero no pueden renegar de ella. Entonces sobreviene la fuga hacia adelante, el vértigo autodestructor que conduce a la caída. Oscilando entre los dos instintos (el de conservación y el de abandono), el activista integrista pierde la cabeza y desencadena una violencia que —ella y sólo ella— podrá liberarlo de la imposible alternativa. Como por una parte no puede conservar su integridad y por la otra se niega a abandonarse, comete lo irremediable.

En el tercer caso, que conduce al resultado opuesto al que se deseaba (el comportamiento, por lo tanto, es tan negativo como en el primer caso) asistimos a una exageración de la vitalidad (como si el apasionado, más o menos consciente de su muerte próxima y en cierta forma ya consumada, quisiera demostrarse que aún vive), cuyo fin es defender una identidad de la cual el indio quizá se sienta orgulloso pero en la que ya no cree (génesis y ruptura). Ha llegado a un punto en que sólo encuentra seguridad en la muerte, lo cual hace pensar que, en este caso, el instinto del abandono finalmente supera al de conservación.

#### Cuarto caso: El activismo progresista

No todos los indios han escogido caminos tan fatales como los descritos. Algunos han procurado integrarse a cualquier precio, lo que significa entrar a la sociedad dominante y obtener en ella un lugar definido sin renegar por ello de su propia personalidad. Una actitud así presupone, a la vez, una gran flexibilidad y mucha firmeza, en lo cual no hay ninguna contradicción: flexibilidad para lograr que el interesado haga las concesiones necesarias, pero firmeza en lo esencial. El individuo capaz de una reivindicación tan compleja es ya un hombre nuevo, diferente de sus antepasados, un mestizo cultural. Ahora bien, orgulloso de su identidad reculturada (no aculturada, en la medida en que este término tiende a significar pérdida de la cultura propia), no intenta llegar a ser un producto perfecto de la cultura dominante. No padece los complejos del mestizo, como cuando éste reniega de sus orígenes indígenas en beneficio de otra cultura de la cual desearía ser un producto puro. Sabe que es diferente y reivindica esta diferencia. Esto es lo único que cuenta.

El instinto de conservación es lo que anima a quienes obran de esta forma. Para el progresista, se trata de sobrevivir como individuo y como indio. Su instinto de abandono está muy debilitado, pues lo que concede es generalmente algo que ya había perdido por la reculturación. Puede obrar con violencia pero casi siempre escoge la vía pacífica del diálogo. Sólo la injusticia o la exclusión a que se ha visto sometido pueden inducirlo a recurrir a una fuerza que, bien lo sabe, encierra peligros para él, pero también para sus enemigos, pues se trata de una fuerza juiciosamente pensada, de una fuerza preparada y animada por un espíritu puro que en realidad no desea morir.

En el cuarto caso no hay ningún exceso; solamente hay una vitalidad nueva al servicio de una identidad redefinida. Es, además, el comportamiento más positivo, el correspondiente a una vida que, nutriéndose del pasado, construye su porvenir aceptando, hasta cierto punto, ceder a la muerte. Es el cambio de piel de la serpiente.

El activismo progresista es, sin duda, la única actitud que permite al individuo sobrevivir y, a la vez, preservar una parte esencial de su identidad. Ésta es la actitud escogida por los caudillos de numerosas organizaciones indígenas que dan cuerpo al movimiento actual e internacional del Despertar Indio. Es el único proceder que no conduce a la destrucción de las minorías. Así mismo, este proceder ha permitido que no se extingan totalmente las comunidades que han logrado sobrevivir pues supieron encontrar el equilibrio entre lo arcaico y la asimilación. Dicha actitud no basta, pero es absolutamente indispensable no sólo para los indios, sino también para cualquier minoría en cualquier parte del mundo e incluso para las mayorías (en caso de que existan). Sólo sobreviven quienes se nutren de su tradición para adaptar su personalidad a un mundo perpetuamente cambiante. Quienes en nombre de sus tradiciones se niegan a hacer concesión alguna a la aculturación o a la reculturación se convierten siempre en los peores enemigos de lo que pretenden defender.

Para terminar, digamos que, por supuesto, la pasividad como comportamiento no expresa siempre la misma cosa. Por lo tanto, es preciso evitar las conclusiones prematuras y esforzarse siempre por definir con exactitud el porqué de una inercia, la cual puede ser fruto letal tanto del instinto de abandono como del de conservación llevado al extremo, o también producto de una discreta maniobra de tranquila reculturación. Asimismo, no habría que considerar el activismo solamente como expresión de una voluntad de sobrevivencia. Hay cóleras y violencias que no son sino suicidios disfrazados.



Secamiento de tablas para cajas, San Juan, Michoacán

Foto: Richard Barthelemy